

# El discreto mutis de la democracia liberal

Es habitual que los analistas denuncien el dominio de los mercados sobre la política. O que reconozcan la transferencia de soberanía, de estados a instituciones supranacionales dirigidas por élites seleccionadas por cooptación. Pocos agrupan estos y otros síntomas y reconocen el síndrome de fondo: el paulatino fin de la democracia liberal. Esta es un sistema de gobierno por el que los ciudadanos tienen un relevante grado de control de las políticas públicas que afectan a su vida, mediante la elección de representantes y gobernantes encuadrados en partidos y con poderes restringidos.

Abundan las anécdotas que desvelan el inicio del fin de la actual versión liberal del régimen democrático. Proviene, por ejemplo, de Rajoy, quien gusta comentar que él gobierna desde el sentido común, que no está determinado por una ideología: los lectores de historia saben que el reclamo al sentido común es típico de diri-

La democracia cambiará, usted va a influir menos sobre su propia vida y el poder estará muy lejos de usted

gentes no democráticos. O su desparpajo al decir que gobernaría en contra de su programa electoral si así lo requiere la situación: ni se le ocurre convocar a las urnas con un nuevo programa acorde con las nuevas circunstancias. Rajoy, entre elecciones, por su mayoría absoluta, funciona como un gobernante sin control interno, ni comisiones de investigación –está controlado, pero desde fuera del país, por organizaciones que no han sido elegidas–.

Esta dinámica no es privativa del PP. Zapatero, a partir de mayo del 2010, decía co-

sas similares, como que iba a hacer lo que tenía que hacer sin importarle el coste –una manera decir que no prestaría atención a lo que usted pensase, lector–. Su única referencia de responsabilidad pasó a ser la Unión Europea. Y Mas, cuando preanunció, con cierto exceso, un Govern de los mejores, revelaba lo mucho que le atrae a CiU, tan pospartidista, la tecnocracia.

El deterioro democrático no es un tema exclusivo estatal o catalán. La Unión Europea hace votar a los griegos repetidamente hasta que salgan los que ella quiere. Quitó a Berlusconi, quien, con todos sus defectos, había sido elegido democráticamente, y puso a Monti, sin elección mediante. En la Roma clásica Monti hubiera sido llamado dictador, en su caso por un trienio, hasta el 2013. Por cierto, Julio César acabó como acabó porque de dictador a plazo fijo se autonominó dictador perpetuo y, claro, los nobles romanos no estaban acostumbrados a ese plazo. Y hoy, cuando la ciudadanía europea, presa del malhumor y el desconcierto, sustituye siempre a quien gobierna, nada cambia: ¿O es que Rajoy está haciendo algo muy distinto de lo que hubiera implementado Zapatero de haber contado este con mayor capital político?

La causa principal de este discreto mutis de la democracia liberal, de que lo que los gobiernos hagan lo que deciden la Unión, el FMI y el BCE, con independencia de lo que usted vote, es material, objetiva, inevitable: los mecanismos nacionales o estatales de representación popular no pueden dar cuenta de la complejidad de un mundo globalizado. Aunque la ciudadanía ya recibe, sufre, las consecuencias de la globalización, su

educación, visión del mundo, expectativas, están todavía, mayoritariamente, ancladas en una experiencia vital local. Y así son sus votos. Sólo una minoría, las élites cosmopolitas, tienen las vivencias subjetivas que los equipan para tomar decisiones políticas racionales en clave de gobernanza global. La complicación es que las élites

Estas élites, que tienen el conocimiento pero no la legitimidad, ni la demografía ni los votos, y tampoco el carácter moral, no se fían de usted. Piensan, lector, que su cosmovisión es de país pequeño, sin horizontes a largo o a ancho. Que, como advertía la directora del FMI a los griegos, cuando no le vigilan no paga impuestos. Que mejor no le dicen a usted la verdad de la situación –que el Gobierno, o el Govern, no tiene ni idea de qué hacer, que ya ha hecho lo que podía, que todo está en manos de la Unión Europea (expresión análoga a lo que se les dice a los moribundos, sustituyendo la Unión por Dios)–, no sea que salga usted corriendo a retirar, irresponsable, sus ahorros de su banco o caja (ellas ya los tienen fuera).

Todo esto no quiere decir que la democracia vaya a desaparecer. Mutará en una nueva configuración. No es previsible un populismo a lo argentino, tan obvio, sudoroso y disfuncional. Tampoco un gobierno inspirado en el 15-M: ¿cómo van a dirigir un país moderno si son incapaces de dirigirse ellos mismos? Incluso pueden mantenerse, cual liturgia, las formalidades actuales. Lo probable es que los partidos pasen a canalizar, en vez de ideologías, intereses de élites distintas, en competencia. Será posiblemente más parecida a los gobiernos impersonales, tecnocráticos, de algunas obras de ciencia ficción.

Las condiciones materiales de existencia están cambiando y, con ritmos y contenidos que desconocemos, cambiará la democracia. No será la primera vez. Lo que está claro es que usted va a influir menos sobre su propia vida, que el poder va a estar muy lejos de usted. ●

